

RECENSIONES
Y
NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Recensiones

CUENCA, José Manuel: *Iglesia y burguesía en la España liberal*. Ed. Pegaso. Madrid 1979, 225 págs.

No dudamos en saludar con alborozo la aparición de un libro que, aparte representar una destacada contribución al mejor conocimiento de la génesis y plasmación de la decisiva experiencia liberal ochocentista, todavía con tantas incógnitas por depejar no obstante la aparición de valiosas aportaciones recientes, incide sobre la problemática religiosa del momento, parcela tan nuclear como necesitada de la atención del investigador.

El que la empresa corra a cargo del Dr. J.M. Cuenca Toribio es la mejor garantía de acierto por la solvencia científica del autor. El tema toca de lleno en el área de especialización en que el decano cordobés ha venido desarrollando prioritariamente su intensa y fructífera labor investigadora durante los últimos años. No en vano nos encontramos ante el introductor de la temática religiosa en los estudios contemporanistas de la Universidad española, forjador e inspirador de una brillante pléyade de investigadores, y creador e impulsor de nuestra historiografía eclesiástica contemporánea.

El libro reseñado se configura en cuatro partes diferentes, aunque conectadas entre sí. Las dos primeras —«La decantación de las formas de religiosidad burguesa (1808-1833)» y «Economía e Iglesia en la España isabelina» (págs. 9-82 y 83-147)— son sendos análisis en profundidad, altamente sugerentes y con marcado carácter revisionista sobre sociología religiosa y problemática eclesial en el marco de la transición al liberalismo en España o en relación con su azarosa consolidación. El enjundioso volumen se cierra con el estudio pormenorizado de los viveros docentes eclesiales —«Notas para el estudio de los seminarios españoles en el pontificado de Pío IX» (págs. 175-225)—, sin duda primera aproximación global al tema realizada hasta el momento. La sigue una «Panorámica de la Iglesia jerárquica española en tiempos de Pío IX» (págs. 227-243), penetrante análisis del comportamiento de la que fue una de las élites de poder más influyentes con Isabel II.

No se trata de una recopilación realizada al azar. En tanto los dos primeros estudios, estrechamente interrelacionados, delimitan contornos y nos introducen en el mundo apasionante de la adaptación de la Iglesia a la nueva sociedad burguesa, los dos últimos tratan en profundidad aspectos clave inherentes a la temática propuesta.

El autor ha tenido el acierto de plantearse, a modo de prolegómenos, una cuestión tan vinculante de cara al acontecer futuro como es el impacto del conflicto antinapoleónico en la posterior toma de posturas de la Iglesia docente. Sus conclusiones son categóricas. La resistencia antibonapartista imprimió huella indeleble sobre las manifestaciones del fenómeno religioso español ochocentista, realidad a la que no escaparon los propios contemporáneos de la contienda. Esa huella se manifiesta en la configuración interna de la Iglesia en sus relaciones con el poder temporal, en la proyección pastoral e incluso en las formas de comportamiento religioso a nivel individual y colectivo.

Las profundas transformaciones institucionales y sociales del país bajo el impulso de una minoría audaz y capacitada, impresionó vivamente a la jerarquía eclesiástica. Percatada ésta de la importancia de unos cuadros dirigentes bien formados en un país tan atrasado como lo era la España de entonces, pasa a un primer plano el problema de los seminarios, el de la reconstrucción de los cuadros eclesiales de acuerdo con módulos actualizados, cuestión a la que el autor reservará en el libro un estudio específico.

De la formación impartida dependía en considerable medida la actuación de esa élite de poder, asunto tratado en las esclarecedoras páginas finales de esta obra. Quienes deseen profundizar en el tema verán satisfechas sus aspiraciones con otra espléndida monografía del Dr. Cuenca —«Sociología de una élite de poder en la España contemporánea: la Jerarquía eclesiástica (1789-1865)», Ed. Escudero, Córdoba, 1976—, a todas luces modélica en cuanto a metodología, información y exposición.

Para Cuenca la obsesión eclesial por la educación de «selectos», en la firme convicción de que los destinos de la sociedad depende, en buena parte, del talante ideológico de la clase dirigente, arranca precisamente de nuestra primera experiencia liberal. Claro está que no le faltan algunos precedentes. ¿Acaso no se halla en igual línea la antigua táctica jesuita de formar las élites para llegar luego a las masas con economía de tiempo y esfuerzo?

De otro lado, en los albores del mundo contemporáneo la Iglesia captó desde el primer momento la amenaza representada por la quiebra del viejo orden para su misión y «status», al menos tal como esos conceptos eran entendidos en el contexto del Antiguo Régimen. Ante la disyuntiva planteada optará, a nivel de institución, por cerrarse sobre sí misma, en la convicción de que de esa forma protegía mejor sus intereses inmediatos, reafirmando en sus convicciones de siempre lejos de toda tentación de autocrítica. Fue ese un serio «handicap» de cara a su desenvolvimiento futuro, desde el momento en que se vio lanzada por senderos que luego fue preciso desandar.

Mediatizada la jerarquía por su supeditación al orden restaurado, se vio trabada «para cualquier movimiento de reforma o renovación profunda» (pág. 18). En parte porque el propio Estado nunca demostró especial interés en reactivar una Iglesia con la que había mantenido una rivalidad secular. Aún en el caso de haberlo deseado, el anquilosado sistema político fernandino en modo alguno se hallaba en situación de prestar un concurso decisivo al remozamiento de la institución paralela. Sea como fuere, lo cierto es que la jerarquía eclesiástica dio pruebas de un complejo de supeditación —no siempre justificado— respecto a la clase gobernante que le era afecta, por estimar que sin el apoyo de ésta nada podía contra unos enemigos siempre en aumento.

Ese sentimiento se perpetuaría bajo Isabel II respecto al partido de Narváez. Para Cuenca la inseguridad «llegó a convertirse en una especie de segunda naturaleza, hasta el punto de que quizás quepa sostener, con ciertas salvedades, que las simpatías procarlistas de una parte considerable del estamento clerical provinieron más que de una supuesta y exagerada defensa de intereses de clase, de la búsqueda de un poder fuerte, cuyas funciones no cumplía a sus ojos el sistema constitucional».

A su vez, la actitud descrita no deja de tener connotaciones de estrategia coyuntural para ganar tiempo. Los males de la Iglesia, en modo alguno, caben ser atribuidos de forma exclusiva a factores exógenos. Las vicisitudes vividas durante el tormentoso cuarto de siglo contemporáneo de la transición al liberalismo, al que siguió la convulsiva fase que precedió al arreglo de una infinidad de cuestiones pendientes mediante el Concordato de 1851, no aplicado íntegramente hasta las postrimerías del reinado, se tradujeron en un grave deterioro de la disciplina y organización de la Iglesia, en la drástica contracción de sus efectivos humanos,

destrucción de su patrimonio económico y, en ocasiones, desgarramientos internos, aun en el plano doctrinal.

Los defectos e insuficiencias del clero español hasta bien avanzado el siglo XIX son una consecuencia de esas premisas. Claro está que marchar por derroteros más modernos no hubiera resultado fácil habida cuenta el fracaso a escala universal de un entendimiento, siquiera dialéctico, de la Iglesia católica con el liberalismo burgués. Tampoco puede olvidarse la singular acritud que revistieron las pasiones políticas en la España ochocentista.

En contrapartida, la reafirmación de la Iglesia española en sus convicciones de siempre no dejó de generar energías creadoras, plasmadas en un catolicismo de signo popular, que en opinión de Cuenca, sin pretender equipararse en cuanto a nivel intelectual al de los países europeos más avanzados —no obstante contabilizarse individualidades sobresalientes de proyección internacional—, no anduvo falto de vitalidad ni careció de manifestaciones altamente positivas. Por ejemplo, el magnífico plantel surgido entonces de congregaciones, asociaciones y comunidades tanto laicas como eclesiásticas, que respondían a funciones sociales —educativas, asistenciales, benéficas— muy en consonancia con los tiempos y que —a juicio del autor—, siquiera en un plano cuantitativo, no admite parangón con ningún otro país de Occidente.

Los factores estructurales, la organización eclesiástica y sus intentos de reforma por lo general fallidos, el reclutamiento, efectivos y distribución del clero antes y después de la excomunión, su papel en la contienda carlista, la etiología, dinámica y consecuencias de la desamortización eclesiástica, el proceso de acercamiento al liberalismo moderado, el papel asumido en este proceso por la Unión Nacional, la génesis y aplicación del Concordato, la incidencia sobre el mismo de la dinámica política del momento y la identificación final de la Iglesia española con el régimen isabelino en «el clima de espejismo y exaltación que nutría la política de ambos Estados» (pág. 173) son, entre otros, aspectos tratados por el autor en páginas de sugerente y apretado texto, que aportan matices nuevos respecto a publicaciones más o menos recientes y, en ocasiones, de gran calidad —*Revuelta, Carcel Ortí, Pérez Alhama, el propio Cuenca...*—, y que en cualquier caso invitan a la reflexión.

El autor aporta valiosos juicios de interpretación, avalados por un conocimiento amplio y profundo de la temática tratada. Por ejemplo, cuando pone de manifiesto las posiciones pro-isabelinas y la prudente moderación adoptada a la muerte de Fernando VII por el sector más prestigioso del episcopado —con pocas excepciones—, en un afán encomiable de restar posibilidades a la naciente guerra civil, realidad ocultada luego por el giro de los acontecimientos. Y cómo el cambio posterior tuvo lugar a remolque de la exacerbación anticlerical del liberalismo exaltado, provocada en parte por la actitud negativa de la Santa Sede respecto al trono de Isabel II. También por la situación insostenible suscitada por el fracaso

de la Junta Eclesiástica, detonante de las iniciativas adoptadas por Mendizábal.

Pero son, sobre todo, los aspectos económicos la parcela que recibe un tratamiento preferente por el papel angular que asumen bajo el impacto de la supresión de diezmos y de la obra desamortizadora. Asuntos tan controvertidos como los del culto y clero, el arreglo financiero anterior y posterior al Concordato y el de las compensaciones ofrecidas a la Iglesia, obstáculos casi insalvables para el restablecimiento de la paz religiosa, se reducen, en definitiva, a cuestiones de dinero. El Dr. Cuenca aborda el tema de forma original, insistiendo sobre un aspecto hasta el momento poco menos que inédito. El del régimen jurídico de la organización económica de la Iglesia en el marco del constitucionalismo, enfoque al que el tratamiento pluridisciplinar preconizado ahora por el profesor cordobés extraerá en el futuro todas sus posibilidades.

Pocos libros ofrecen tanta materia de reflexión y enseñanza. Aquí la síntesis certera y brillante coexiste con una auténtica labor de investigación, fundada en la inteligente interpretación de las fuentes coetáneas. Sendos índices bibliográficos y de nombres enriquecen y simplifican el manejo de esta importante obra.

Juan Bautista Vilar

VILAR, Juan Bautista: *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*. Madrid 1977. Instituto de Estudios Africanos, C.S.I.C., VIII-537, ps. y gráfs.

He aquí un importante trabajo de investigación, realizado por el profesor J. B. Vilar, del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, autor de numerosos libros y trabajos africanistas.

Se trata del primer estudio global de la emigración española a Argelia en la fase ochocentista de dominación francesa del territorio (1830-1900). El autor desborda ampliamente los límites de un estudio demográfico, para hacer un análisis profundo de la sociedad española en Argelia, donde se puede apreciar la aportación del elemento español en la colonización del país magrebí. Estas huellas son aún evidentes en la Argelia independiente y reivindicadas con interés por los propios argelinos.

En cuanto a la coordenada temporal, hubiera podido ser conveniente el que la monografía se cerrase en 1914, año en el que el fenómeno migratorio reseñado cambia definitivamente de signo en un sentido regresivo (predominio de las salidas de Argelia sobre las entradas). Pero este tema será objeto de un segundo volumen de la investigación del profesor Vilar, que abarcará desde el principio de siglo a 1962, fecha de la independencia argelina. Así como el autor supo también

presentar en este volúmen los antecedentes de la población española de 1830, convendría que en su segundo volumen sobrepasara el estudio de la población hispánica en la Argelia francesa con una breve panorámica de la población española de los últimos quince años, en la Argelia independiente. Es evidente que mostraría las posibilidades de evolución hacia el futuro de una población española que, de una forma u otra, siempre estará presente en ese país vecino.

Para el siglo XIX, la emigración española a Argelia es inicialmente temporal: durante seis o siete meses al año (noviembre-mayo) el jornalero pasaba al vecino territorio norteafricano para escapar al paro estacional. La proximidad geográfica, la similitud de clima y paisaje con las regiones españolas de emigración —fundamentalmente las provincias de Alicante, Murcia, Almería y las Islas Baleares—, la rapidez y bajo costo del viaje, la seguridad de hallarse entre compatriotas y amigos y la certeza de encontrar una ocupación, serán incentivos irresistibles para el operario español.

No todos regresaban. Concluidas las faenas para las que fueron contratados, permanecían en el país quienes lograban asegurarse una continuidad laboral. La emigración estacional se convierte en temporal. Esa población flotante no tardará en sedimentar otra estable. Así no es extraño que la colectividad española terminase convirtiéndose en la extranjera más numerosa en la colonia, hasta superar a la francesa en el Oranesado, región vinculada políticamente a España hasta 1791 —enclaves de Orán y Mazalquivir— y que todavía en el siglo XIX fue predominantemente hispánica.

Se trata de una emigración espontánea, de fácil aclimatación y que, de igual forma que la italiana en el departamento de Constantina, llevó el peso de la colonización. En 1841 existían 9.748 españoles en Argelia frente a los 11.322 franceses atraídos por todos los procedimientos imaginables. En Orán la proporción era de 3 a 1. En 1881 de los 181.000 extranjeros residentes en Argelia eran españoles 114.320. En 1900 el número de españoles alcanzó las 160.000 unidades. En su mayor parte se trataba de pequeños cultivadores, recolectores de esparto, mineros, jornaleros rurales y obreros urbanos. No faltaban, sin embargo, prósperos hombres de negocios. En particular en Argel y su región, punto de destino de valencianos e isleños de Baleares, llamados genéricamente «mahoneses». En el Oranesado, donde predominaba el huertano alicantino y murciano, el minero de Cartagena y el jornalero almeriense, tampoco faltaban acomodados comerciantes, numerosos artesanos y algunos afortunados terratenientes y hombres de empresa, en particular cultivadores de tabaco y fabricantes de cigarrillos. Son gentes sobrias, laboriosas, emprendedoras, sotén y columna de la colonización francesa.

En cuanto al plan general de la obra, el autor comienza con un capítulo introductorio dedicado a los tres siglos de presencia hispana en la región y a la permanencia de colonos españoles en el territorio bajo administración otomana en

los primeros años del XIX. Se trata del adecuado contrapunto para comprender en sus auténticas dimensiones el nuevo orden de cosas introducido con la ocupación francesa.

Dentro de lo que pudiéramos considerar prolegómenos del libro, hallamos a continuación unos breves análisis de los proyectos españoles de una expedición de castigo contra la Regencia argelina (1814-1830) y la lógica actitud agresiva española en favor de intervenciones bélicas norteamericana, holandesa y británica contra Argel. Así se explica, en parte, la actitud de Madrid ante la definitiva ruptura franco-argelina y la ocupación del territorio por Francia. El capítulo se cierra con unas consideraciones finales sobre la utilización de las Baleares por los franceses en su campaña argelina de 1830.

Vilar se ocupa seguidamente de los nexos hispano-argelinos, legislación migratoria de España, factores de la migración hispánica y dinámica socioeconómica ochocentista de las regiones españolas de emigración. Este estudio de historia interna del Levante español ilumina mucho el fenómeno de la emigración a Argelia y es uno de los aspectos más logrados del libro.

Con el capítulo VIII entra de lleno en la política colonial y migratoria de Francia respecto a Argelia, tanto en su fase orleanista, como con la IIª República, el IIº Imperio y la IIIª República. Las directrices asimilacionistas culminarán en la ley de 1889 sobre la nacionalización automática de los europeos en Argelia. Se presta singular atención al impacto de las directrices coloniales francesas entre la numerosa colectividad española, así como a su activa participación en la conquista y colonización del territorio. La introducción desde la Península de nuevos cultivos, el comercio español con Argelia, el tráfico clandestino, las ocasionales fricciones hispano-francesas y la contribución española a la plasmación de un nuevo pueblo argelino de base europea y cultura francesa, son otros puntos tocados por el autor.

Siguen sendos capítulos sobre la incipiente desviación migracional del colono español hacia Marruecos y las posesiones españolas en el Caribe, Guinea y Filipinas, fenómeno que no llegó a cuajar. El análisis pormenorizado de la emigración clandestina se ve completado con la exposición detallada de la emigración política a Argelia, territorio por el que vemos desfilar todas las oposiciones a los sucesivos regímenes españoles, desde los emigrados carlistas —movilizados en el marco de la Legión Extranjera— a republicanos e internacionalistas.

Los dos capítulos finales —XXII y XXIII— representan una vivida semblanza de los géneros de vida del colono español en la ciudad y en el campo. Sus actividades económicas, religiosidad, folklore, contactos con musulmanes y judíos, delincuencia, prostitución y proceso transculturador.

Vilar ha sabido desplegar su obra sirviéndose de líneas metodológicas bien trabadas y con sólido apoyo documental. Nos hallamos ante el sazonado fruto de

un estimable esfuerzo investigador. Una veintena de archivos consultados durante varios años, gracias a una beca de la fundación March, le permitieron manejar la totalidad de la documentación consular española referente a Argelia, con especial estudio de los documentos del Archivo Histórico Nacional y del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid.

Como fuentes complementarias ha utilizado también documentación de los Archivos Nacionales franceses de París y Aix-en-Provence, así como otros quince archivos locales de las provincias de Murcia, Alicante, Almería y Albacete. También hubiera podido sacar más documentación de los archivos militares franceses y de los de Valencia y Baleares. El autor justifica así esta ausencia: «Calculamos en medio centenar el número de archivos españoles locales, provinciales y diocesanos con materiales referentes a emigración ochocentista a Argelia. Los mediocres resultados obtenidos en la quincena trabajada nos resolvieron a interrumpir tan penosa tarea, dado que apenas nos dijeron nada que no supiéramos ya por los cuatro grandes archivos nacionales antes referidos».

Cabría señalar que los fondos sobre Argelia conservados en París y Aix-en-Provence han sido objeto de exploración superficial, lo que no supone demérito alguno para esta obra de impresionante solidez, construida básicamente sobre el amplísimo acervo documental español existente. En cuanto a las fuentes impresas utilizadas, merecen destacarse varias colecciones completas de documentos diplomáticos españoles, la prensa oficial de Francia, España y el territorio argelino, una amplia serie de periódicos, no pocos de ellos publicados en Orán y Argel en castellano y catalán, y las estadísticas francesas y españolas respecto a la posesión norteafricana. Una amplísima bibliografía, muy completa en obras del siglo XIX —españolas, francesas e inglesas principalmente— son el adecuado complemento a la documentación utilizada. Finalmente, un apéndice de 43 documentos cuidadosamente seleccionados, veintitrés tablas estadísticas, cinco gráficos originales e índices de fuentes bibliográficas, tablas, gráficos, onomástico y de lugares completan y facilitan el manejo del complejo volumen galardonado con el «Premio África de Literatura e Investigación 1975».

Dada la importancia del tema, no sólo para la historia de España, sino para la del Mágrib árabe, un arabista no puede menos de unir a su alabanza una pequeña crítica: el no haber tenido siempre en cuenta fuentes magrebíes recientes en árabe, francés e inglés. No sólo habrían proporcionado datos nuevos al autor, sino que le hubieran introducido más profundamente en la «mentalidad historiográfica» con la que los magrebíes ven ese período de su historia.

Tema nuevo, documentos nuevos, tratamiento nuevo: tales son las cualidades que recomiendan la lectura de este libro, que tendrán que tener en cuenta los historiadores de la política exterior española del siglo XIX y los de la región levantina de la Península.

Mikel de Epalza

RUBIO, Javier: La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Librería Editorial San Martín. Madrid 1977, 1.129 págs. (láms. s.n.) y 11 mapas.

Las emigraciones políticas españolas continúan siendo en su conjunto una de las parcelas peor conocidas en nuestra historia contemporánea a despecho de valiosas aportaciones recientes. Javier Rubio, experto investigador de nuestras migraciones exteriores, en particular las muy fundamentales relacionadas con Francia, nos ofrece ahora un sólido estudio sobre el éxodo masivo de 1936-1939.

Contemplado incluso desde un punto de vista estrictamente cuantitativo, desborda a las restantes migraciones datadas. Incluidas las dos estimadas como más importantes. Ciento cincuenta mil judíos deportados en 1492 a juzgar por el cálculo más fidedigno de Loeb, y unos trescientos mil moriscos expulsados entre 1609 y 1614, según el cómputo establecido por Lapeyre. De acuerdo con los datos reunidos por J. Rubio, en los primeros días de febrero de 1939 se hallaban en Francia 515.000 refugiados españoles. Ahora bien, las repatriaciones iniciadas en ese año, en los meses precedentes a la conclusión de las hostilidades, introdujo una considerable reducción en el volumen global de la emigración republicana, cuyos contingentes Rubio fija finalmente en 162.000 unidades.

La cuidadosa revisión de las cuantificaciones en uso es sin duda uno de los aspectos más positivos de la obra reseñada. Las rectificaciones introducidas responden tanto a una laboriosa verificación de cifras como a la aportación de datos nuevos. Sobre todo en relación con las oleadas migratorias que tuvieron lugar en los años iniciales de la contienda. Por ejemplo, la hasta ahora minimizada evacuación de la zona norte en 1937.

Huelga insistir aquí en las circunstancias que hicieron de la emigración estudiada un fenómeno de excepcional alcance. Sobre todo, comparada con las migraciones políticas precedentes. Los efectos del éxodo-republicano se dejaron sentir, bajo diferentes conceptos, como una pesada losa que gravitó durante décadas sobre las maltrechas espaldas de la España de la postguerra.

La pérdida de un elevado porcentaje de población activa altamente cualificada, superpuesta a la recesión demográfica ocasionada por la guerra y las represiones paralelas y subsiguientes al conflicto bélico, privó al país de un elemento humano insustituible, con el consiguiente retraso de la reconstrucción nacional. De otro lado, esa emigración se reveló como factor hondamente perturbador en las relaciones internacionales del régimen surgido de la guerra civil, situación que, en lo que respecta a México y países socialistas, se perpetuaría durante más de treinta años. En contrapartida, la emigración republicana representa una contribución de primer orden al desarrollo de diferentes países iberoamericanos —Francia en menor grado— y a la difusión y mejor comprensión de los valores encarnados por la cultura española dentro y fuera del contexto occidental.

La monografía reseñada, mil doscientas veintinueve enjundiosas páginas,

agrupadas en tres volúmenes, es la primera visión de conjunto, realizada en profundidad, sobre tan complejo fenómeno migratorio. Los dos primeros volúmenes se distribuyen en ocho capítulos, divididos en diferentes apartados. El volumen III queda reservado a apéndices e índices.

A modo de prolegómenos, el autor nos ofrece una panorámica general de las migraciones españolas precedentes, esclarecedora para la comprensión de los fenómenos y comportamientos que caracterizan al éxodo de 1936-1939. A partir del capítulo segundo examina las oleadas migracionales que tuvieron lugar en el curso de la guerra. Desvela en sus detalles el desarrollo de esas migraciones, expuestas de manera lineal pero sin olvidar sus factores determinantes ni el medio en que se desarrollaron.

Nada escapa al penetrante análisis del autor. Desde el proceso evolutivo de la contienda bélica, al papel asumido por las representaciones diplomáticas como cauce de asilo y expatriación. Rubio desdobra cuidadosamente la emigración civil y castrense. Estudia al refugiado según su profesión, procedencia y destino. Expone con morosidad el proceso de repatriaciones. Explica la articulación y dinámica evolutiva del exilio permanente y de los organismos de ayuda a los exiliados. Presta atención suficiente al aciago capítulo de los campos de concentración en Francia y el Magreb. Desvela el proceso de reemigraciones al hemisferio occidental —México principalmente— desde Europa y el norte de África. Traza, en fin, las coordenadas sociogeográficas y socioprofesionales del exilio en función de los países de destino.

El volumen II —capítulos VI-VIII, págs., 387-807— se centra en la emigración a partir de 1940. Comenzando por la incidencia de la segunda guerra mundial sobre los exiliados en la Europa ocupada —persecuciones, deportaciones, participación en la resistencia antialemana— y en las áreas fuera del control del II Reich. En este caso el refugiado político español adoptó una postura de espontánea y activa beligerancia contra el fascismo, enrolándose en los ejércitos aliados.

Rubio se ocupa a continuación del impacto de la derrota nazi con su triple efecto de resurrección de los órganos constitucionales de la República, ofensiva diplomática contra el régimen franquista e infiltración militar en España. Seguidamente pasa a explicar la etiología y aspectos morfológicos de lo que denomina «irreversible desvanecimiento del exilio», atribuible fundamentalmente al afianzamiento de Franco en el poder, a la artificiosidad de las instituciones republicanas restablecidas y a las divisiones de los propios emigrados. El volumen se cierra con sendos capítulos alusivos al drama del exiliado, «extraño en su patria de adopción y de origen», a quien no se ofrece otra alternativa que el regreso a una España que ni conoce ni le reconoce o la perpetuación de un destierro pródigo en frustraciones, incluida la dolorosa experiencia de asistir a la inevitable asimilación de sus hijos por el país de adopción.

El volumen III consta de 78 documentos cuidadosamente seleccionados para la

mejor comprensión de la obra. Entre ellos, ocho detalladas relaciones nominales de emigrados. Documentos de singular interés.

J. Rubio ha manejado cuanta documentación inédita se conserva sobre las cuestiones tratadas en el Ministerio Español de Asuntos Exteriores y en diferentes archivos franceses. El abundante material allegado ha sido completado con las colecciones diplomáticas publicadas —francesas, norteamericanas y mejicanas principalmente—, con un elenco de prensa tan nutrido como disperso —para su consulta el autor hubo de viajar a no menos de una docena de países de Europa y América—, y con testimonios orales, que en ocasiones permitieron resolver satisfactoriamente las incógnitas planteadas por las lagunas detectadas en la información escrita. Por último, Rubio ha sabido moverse con paso seguro en la selva bibliográfica de nuestra guerra civil, de la que extrae cuatrocientos títulos —enumerados en un índice— útiles para su propósito.

En el millar largo de páginas de sugestivo texto, la sencillez expositiva y la fluidez de la narración no andan reñidas con el rigor científico. Sorprende gratamente la maestría desplegada por el autor en el manejo de tan complejo elenco de fuentes documentales y bibliográficas, pero en especial la exquisita ponderación de que hace gala en todo momento en cuanto se refiere a adjetivaciones y juicios de valor.

La conveniencia de un estudio preliminar más extenso y el traslado al primer volumen de los apartados metodológico y de exposición de fuentes incluidos al final del volumen III es, a mi juicio, cuanto pudiera objetarse a una obra que no dudo en calificar de modélica por su metodología, información y exposición. Sendos índices de mapas, cuadros y nombres simplifican su manejo.

Juan Bta. Vilar

VILAR, Juan Bautista: *Un siglo de protestantismo en España (Aguilas-Murcia, 1893-1979)*. Aportación al estudio del acatolicismo español contemporáneo. Prólogo de José Manuel Cuenca Toribio. Universidad de Murcia. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, 1979, 322 págs.

Voilà un ouvrage d'historiographie religieuse qui sort du commun. Juan Bautista Vilar est un historien alicantin qui a déjà beaucoup publié sur les minorités marginales de différentes époques et de différents lieux: juifs, «convertos», crupto-judaïsants, morisques... Le thème du livre qu'il vient de publier est nouveau: il s'agit cette fois du protestantisme en Espagne. Sous forme monographique, l'auteur nous présente l'histoire d'une communauté évangélique qui à travers maintes vicissitudes va perdurer jusqu'à nos jours.

Nous avons donc là première monographie historique spécialisée —qui est appelée à faire école— sur les Églises non catholiques espagnoles. C'est le mérite de Juan Bautista Vilar d'avoir entrepris un tel travail et de l'avoir mené à bien.

La peinture que nous offre l'auteur de cette communauté nous instruit sur les valeurs profondes qui l'animaient, les personnalités qui ont marqué ses différentes étapes et les facteurs de type structurel et conjoncturel qui ont conditionné son développement.

Grâce à cette magistrale étude, qui se situe dans une trajectoire historique, un lien peut être établi entre ce que fut le protestantisme espagnol au seizième siècle (il subissait alors fortement le poids de la répression inquisitoriale), et le dix-neuvième siècle, période au cours de laquelle fut reconnue la liberté religieuse en Espagne (1869). Lorsque cette liberté sera restreinte ou attaquée, cette communauté en subira le contrecoup, au dix-neuvième siècle d'abord puis au vingtième. Aujourd'hui une ère nouvelle d'espoir apparaît sous les effets de Vatican II (loi de liberté religieuse de 1967 et nouvelle loi fondamentale de l'État espagnol de 1978).

Ainsi apparaît, à la lecture, un siècle de vie d'une petite ville industrielle murcienne, «colonisée» par des anglais qui s'y établirent pour exploiter les mines et qui y vécurent en marge de la vie du peuple. Cette aristocratie n'aura guère d'influence sur le développement du protestantisme local, elle se contentera d'apporter quelques subsides. Le germe viendra de modestes marins d'Aguilas, qui rapportèrent de leur voyage en Angleterre des Bibles en castillan, sans notes ni références latines, que l'on commentait librement au retour. Borrow, ce célèbre colporteur britannique qui parcourut la Péninsule dans la décennie de 1830, rapporte qu'en Galice, de même, des marins de Padrón introduisirent de la même façon le protestantisme.

En 1893, à la suite du séjour d'un pasteur suédois résidant à Valence, une Église locale est officiellement constituée. Cette année là s'ouvrit un registre de baptême qui servit jusqu'en 1950, à travers les vicissitudes des années écoulées. Toute une organisation se mit progressivement en place: un diacre local reçut l'imposition des mains, une chapelle fut ouverte en 1894, un temple en 1903, et des lieux de culte s'implantèrent même dans les villages des alentours. Plusieurs pasteurs d'origine étrangère ont marqué la vie de cette communauté, parmi eux le ménage Armstrong et le ménage Simpson. Tous déployèrent une grande activité évangélique, en même temps qu'un grand labeur philanthropique. La diffusion des textes religieux était assurée par des colporteurs qui parcouraient la région en vendant des Bibles et en distribuant des feuillets et des exemplaires du Nouveau Testament. Ils étaient les auxiliaires des Pasteurs. Ainsi se répandaient les idées suivantes: justification par la foi, primauté de l'Évangile comme instrument de salut, respect des croyants remplaçant le respect de la hiérarchie, séparation et indépendance mutuelle de l'Église et de l'État.

Cette étude ne laisse rien dans l'ombre: ni la rivalité entre les diacres locaux et les pasteurs britanniques, ni les rivalités «de clocher» entre catholiques et protestants. Elle montre combien l'idée de tolérance reconte de difficultés avant de pouvoir s'implanter, lorsque les mentalités pèsent de tout leur poids, et ce, malgré des textes constitutionnels favorables.

Ce livre de Juan Bautista Vilar, si richement documenté, se lit d'un bout à l'autre avec le plus vif intérêt. Les photos, les pièces justificatives en annexe (dont la copie du registre des baptêmes) donne la mesure de la rigueur scientifique qui a présidé à l'élaboration de l'ouvrage. Nous le recommandons à tous ceux qui s'intéressent aux problèmes de la marginalité et à l'histoire religieuse de l'Espagne.

Louis Cardaillac
Université «Paul Valéry»
Montpellier